

ción del pasado. («El mundo alucinante de *Abaddón, el exterminador*», *La Estafeta Literaria* núm. 599.)

Coincidentemente, José Lage señala la presencia de procedimientos narrativos tales como la frecuencia con que el novelista forma palabras compuestas, recurre a las enumeraciones caóticas, la reducción de los nombres de los personajes a sus iniciales, el recurso constante a diferentes tipografías, la apelación a personajes de sus otras obras, la inserción del autor en la ficción: «... la novela se convierte en una esclarecedora metáfora del proceso de creación de la propia novela, al tiempo que es síntesis de obras y opiniones de su creador, lo que la convierte en única, irrepetible e idiosincrásica: es como el carnet de identidad de su autor.» (Ernesto Sábato y «*Abaddón, el exterminador*», *Mundo Hispánico*, Madrid, agosto de 1976).

En *Abaddón*, «el planteo literario de Sábato desmonta el truco ficcional sin anularlo totalmente y somete los materiales de su obra a la presión poética y opinante de un autor que se ofrece a la vez como personaje y se refleja visiblemente en una serie de desdoblamientos», precisa Graciela Maturo. Resulta patente «la intención fuertemente apelativa» en la elaboración literaria de esta espectacular «... crónica de la aberración, que muestra la presencia del Mal en la sociedad moderna bajo las formas de la confusión, la escisión, la separación, la demasía, e incluye también la introspección más despiadada, acto de desnudamiento que erige un símbolo de expiación genérica (*Capítulo*, pp. 61-62).

Marina Gálvez advierte el predominio del ensayo sobre la ficción en *Abaddón*, puntualizando que en ella parece hacer crisis la concepción de la novela como género capaz de redimir al hombre, al dirigirse hacia la concreción de la vida, alejándose de la abstracción que supone el concepto. Concomitantemente con ello, el final resulta desesperanzador: «... Sábato novelista, que se supone concienciado con su realidad más íntima, se ve desdoblado en dos, *escindido él también*, y más tarde convertido en murciélago gigante. Ha conseguido echar fuera sus demonios, pero no librarse de ellos; ahora son ellos los que lo contienen a él.» Es decir, la función catártica de la novela, a la que promueve como modo de salvación del *hombre concreto*, no pareciera cumplir con su cometido. Tal vez ello se deba a que «... en el fondo, en última instancia, lo que Sábato niega, como ya dijimos de las dos primeras novelas, es la libertad del hombre; la posibilidad de que éste pueda labrarse su propio destino. Fernando patentiza en el *Informe* que no existe libertad biológica y psicológicamente hablando. Y Martín, aunque se salva momentáneamente, también evidencia su falta al mostrarse condicionado, si no determinado, a la existencia

de unos valores transmitidos a través de la historia». «*Abaddón, el exterminador* o la más alta función paradigmática en la narrativa de Ernesto Sábato», *Anales de Literatura Hispanoamericana* núm. 5, 1976, pp. 286-287).

El análisis de Elisa Calabrese, al hacer hincapié en los personajes femeninos de Sábato, busca obtener su significación funcional y simbólica. Cobra importancia aquí «la figura arquetípica de la Gran Madre», que, dado su aspecto «maléfico, destructor y demoníaco», aparece conformando diversos personajes femeninos, y orienta su significado histórico y mítico. Ligada a lo oscuro, a la ceguera, a la nocturnidad, al Mal, a «lo húmedo y pantanoso, crepuscular, denso y pegajoso, localizado en cuevas, laberintos, túneles o sus equivalentes semánticos», la figura materna adquiere una «densidad de significación» que «... excede lo psicoanalítico para conectarse al aspecto mítico de la deidad femenina en su condición terrible de destructora y mortal...» Elisa Calabrese advierte también el vínculo de esta figura con el sentido misterioso, esotérico de la historia, «... según el cual los acontecimientos son sólo el nivel emergente y aparental de la realidad, o sea la manifestación fenoménica de la verdadera realidad profunda y subyacente». («Lo femenino en *Abaddón, el exterminador, La mujer: símbolo del mundo nuevo*, Bs. As., García Cambeiro, 1976, pp. 83-102).

En el mismo sentido, Blas Matamoro advierte la proclividad del texto al enfoque psicoanalítico, que vincula aquí con la sociología de la literatura. Llama la atención en *Abaddón* «el triunfo de la regresión», que se manifiesta de diversas maneras; por ejemplo, en la reiterada opción sabatiana por lo primitivo y lo arcádico frente a lo moderno, como en la propuesta, atribuida al Sábato escritor-personaje de la novela, de abandonar el sitio de escritor reconocido para consagrarse a una modesta y opaca tarea artesanal. Es en el examen de esa regresión en el que adquiere relevancia la figura materna, la cual, en una lectura simbólica, es indicadora de la relación del escritor con la cultura. («Sábato y el caso del mandarín congelado», *Revista Latinoamericana* núm. 4, Buenos Aires, agosto de 1974, pp. 47-53.)

El examen de la relación del escritor con la cultura en la que se inscribe fija, claro está, derroteros críticos ambiciosos. No se trata solamente de describir el gesto narrativo de un autor en solitario, sino de advertirlo en el conjunto de gestos narrativos de su época. Por otra parte, el examen de la literatura de Ernesto Sábato debería detenerse en sus ensayos, tan poco frecuentados. Una buena lectura crítica del ensayo sabatiano sería provechosa. Sería interesante el re-

curso a los diferentes enfoques posibles sobre el hecho literario, el examen de los presupuestos, de las diferentes indagaciones que Sábato ha practicado, las diversas formulaciones a las que ha arribado. Los intentos son, en este sentido, bastante magros. Como excepción puede citarse a David Lagmanovich, «Un ensayo de Ernesto Sábato: *Sobre los dos Borges*», incluido en el homenaje de Helmy Giacoman.

ENRIQUETA MORILLAS

San Gerardo, núm. 2, 7.º C
MADRID-35